

DESDE EL MIRADOR DE LA GUERRA



ANTONIO MACHADO

DESDE  
EL MIRADOR  
DE LA GUERRA

1936-1939

PÁGINA INDÓMITA

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U., 2026  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano  
Imagen de cubierta: Combatientes republicanos  
camino de Francia en los meses finales de la Guerra Civil  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: febrero de 2026

Todos los derechos reservados

ISBN: 979-13-990995-2-2  
Depósito legal: C-1725-2025

## ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
DESDE EL MIRADOR DE LA GUERRA	11
El poeta y el pueblo. Sobre la defensa y difusión de la cultura	13
Notas inactuales, a la manera de Juan de Mairena	21
Apuntes del día	27
Mairena Póstumo. Algunas consideraciones sobre la política conservadora de las grandes potencias	31
Desde el mirador de la guerra, I	35
Desde el mirador de la guerra, II	41
Desde el mirador de la guerra, III	45
Desde el mirador de la guerra, IV	49
Desde el mirador de la guerra, V	53
Desde el mirador de la guerra, VI	57
Desde el mirador de la guerra, VII. Saavedra Fajardo y la guerra total	61
En el 19 de julio de 1938	65
Para el Congreso de la Paz	69
Atalaya. Desde el mirador de la contienda	73
Desde el mirador de la guerra, VIII. Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias	77

Desde el mirador de la guerra, IX. Viejas profecías de Juan de Mairena	81
Desde el mirador de la guerra, X	85
Desde el mirador de la guerra, XI. Miscelánea apócrifa	89
Desde el mirador de la guerra, XII	93
Desde el mirador de la guerra, XIII. España renaciente	97
Desde el mirador de la guerra, XIV	101
Unas cuartillas de Machado. A los voluntarios extranjeros	105
Antonio Machado habla del 7 de noviembre (alocución de radio)	107
Desde el mirador de la guerra, XV	109
Glosario de los 13 fines de guerra	115
Una alocución de don Antonio Machado dirigida a todos los españoles	121
Desde el mirador de la guerra, XVI. La gran tolvana	125
Desde el mirador de la guerra, XVII. Recapitulemos	129
Desde el mirador de la guerra, XVIII	133
Índice onomástico	137

## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El golpe de Estado de julio de 1936 y el estallido de la Guerra Civil sorprenden a Machado en Madrid, donde el autor toma partido por la legalidad republicana. Allí permanece hasta noviembre de ese mismo año, cuando el gobierno de la República se traslada a Valencia y Machado decide seguir sus pasos e instalarse con su familia en Rocafort.

Desde esa localidad valenciana, el autor, ya en la sesentena y aquejado de una enfermedad bronquial, colabora en diversas actividades culturales republicanas y escribe para publicaciones como *Hora de España*, *Madrid: Cuadernos de la Casa de la Cultura* y el *Servicio Español de Información*. Fruto de esas colaboraciones es el volumen recopilatorio *La guerra*, que ve la luz en 1937 y es el último libro publicado en vida del escritor.

Además, en marzo de 1938 inicia su colaboración regular con *La Vanguardia* (donde ya había publicado un artículo el año anterior) y, ante el avance de las tropas franquistas, se instala con su familia en Barcelona, primero en el Hotel Majestic, donde coincide con otros escritores comprometidos, como León Felipe o José Bergamín, y finalmente en el palacete Torre Castañer, en el barrio de Sant Gervasi.

En el presente volumen reunimos esos escritos que Machado publicó en el citado diario barcelonés. Se trata de 29 artículos que vieron la luz entre julio de 1937 y enero de 1939,

la mayoría bajo el rótulo «El mirador de la guerra», y que abarcan en realidad el periodo 1936-1939, puesto que el primero de ellos incluye otro texto del autor fechado al inicio de la contienda: «Los milicianos de 1936».<sup>1</sup>

El eje temático del volumen consiste no solo en la defensa de la legalidad republicana, sino también en la intuición machadiana de una inminente guerra mundial y en la denuncia de la hipocresía del acuerdo europeo de no intervención en la guerra civil española —esto es, la política de apaciguamiento seguida por Francia e Inglaterra frente a la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini—. Además, el lector encontrará aquí las reflexiones sociales, políticas y filosóficas que el escritor nos ofrece mediante su heterónimo de lúcida ironía y talante liberal, Juan de Mairena; todo ello marcado por el inquebrantable compromiso de Machado, quien tras entregar su último artículo tiene que huir de una Barcelona asediada por las tropas franquistas y partir al exilio en Francia, donde semanas después fallece en una modesta pensión de Colliure.

Aquí nuestra intervención en los textos ha consistido fundamentalmente en corregir algunos errores tipográficos y adaptar ciertas grafías a las normas académicas actuales. Las notas a pie de página y los breves textos introductorios en cursiva, que encabezan algunos de los artículos, corresponden a la presente edición.

1. De ahí que el subtítulo de este libro rece «1936-1939».

DESDE EL MIRADOR DE LA GUERRA



EL POETA Y EL PUEBLO  
Sobre la defensa y difusión de la cultura  
(16 de julio de 1937)

*Este escrito, anterior al inicio de la colaboración expresa de Machado con La Vanguardia, reproduce parte del discurso que el autor pronunció en Valencia el 10 de julio de 1937, en la clausura del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Fue publicado por el citado periódico y, en su versión íntegra, por la revista Hora de España.*

Cuando alguien me preguntó, hace ya muchos años, ¿piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo, o permanecer encerrado en su *torre de marfil* —era el tópico al uso de aquellos días— consagrado a una actividad aristocrática en esferas de la cultura sólo accesibles a una minoría selecta?, yo contesté con estas palabras, que a muchos parecieron un tanto ingenuas: Escribir para el pueblo —decía un maestro—, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, escribir para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en Es-

pañá; Shakespeare, en Inglaterra; Tolstói, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de *gay saber*,<sup>1</sup> no creo haber pasado de folclorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular.

Mi respuesta era la de un español consciente de su hispanidad, que sabe, que necesita saber cómo en España casi todo lo grande es obra del pueblo o para el pueblo, cómo en España lo esencialmente aristocrático, en cierto modo, es lo popular. En los primeros meses de la guerra que hoy ensangrienta a España, cuando la contienda no había aún perdido su aspecto de mera guerra civil, yo escribí estas palabras que pretenden justificar mi fe democrática, mi creencia en la superioridad del pueblo sobre las clases privilegiadas:

## LOS MILICIANOS DE 1936<sup>2</sup>

Después de puesta la vida  
tantas veces por su ley  
al tablero...

JORGE MANRIQUE<sup>3</sup>

### I

¿Por qué recuerdo yo esta frase de don Jorge Manrique, siempre que veo, hojeando diarios y revistas, los retratos de nuestros milicianos? Tal vez será porque estos hombres, no pre-

1. Término occitano traducible como *gaya ciencia* o *alegre saber*, con el que se designa el arte de la poesía trovadoresca, el oficio del poeta.

2. Texto escrito en Madrid en agosto de 1936, aparecido en diversas publicaciones ese mismo año e incluido después en el volumen de Machado *La guerra* (1937).

3. *Coplas por la muerte de su padre*, XXXIII.

cisamente soldados, sino pueblo en armas, tienen en sus rostros el grave ceño y la expresión concentrada o absorta en lo invisible de quienes, como dice el poeta, «ponen al tablero la vida por su ley», se juegan esa moneda única — si se pierde, no hay otra — por una causa hondamente sentida. La verdad es que todos estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros.

## II

Cuando una gran ciudad — como Madrid en estos días — vive una experiencia trágica, cambia totalmente de fisonomía, y en ella advertimos un extraño fenómeno, compensador de muchas amarguras: la súbita desaparición del señorito. Y no es que el señorito, como algunos piensan, huya o se esconda, sino que desaparece — literalmente —, se borra, lo borra la tragedia humana, lo borra el hombre. La verdad es que, como decía Juan de Mairena, no hay señoritos, sino más bien «señoritismo», una forma, entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse a veces en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos planchados, las corbatas o el lustre de las botas.

## III

Entre nosotros, españoles, nada señoritos por naturaleza, el señoritismo es una enfermedad epidérmica, cuyo origen puede encontrarse acaso en la educación jesuítica, profundamente anticristiana y — digámoslo con orgullo — perfectamente antiespañola. Porque el señoritismo lleva implícita una estimativa errónea y servil, que antepone los hechos sociales más de superficie — signos de clase, hábitos o indumentos — a los valores propiamente dichos, religiosos y humanos. El seño-

ritismo ignora, se complace en ignorar —jesuíticamente— la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. «Nadie es más que nadie», reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y de orgullo! Sí, «nadie es más que nadie», porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. «Nadie es más que nadie», porque —y éste es el más hondo sentido de la frase—, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito.

#### IV

Cuando el Cid, el señor, por obra de una hombría que sus propios enemigos proclaman, se apercibe, en el viejo poema, a romper el cerco que los moros tienen puesto a Valencia, llama a su mujer, doña Jimena, y a sus hijas Elvira y Sol, para que vean «cómo se gana el pan». Con tan divina modestia habla Rodrigo de sus propias hazañas. Es el mismo, empero, que sufre destierro por haberse erguido ante el rey Alfonso y haberle exigido, de hombre a hombre, que jure sobre los Evangelios no deber la corona al fratricidio. Y junto al Cid, gran señor de sí mismo, aparecen en la gesta inmortal aquellos dos infantes de Carrión, cobardes, vanidosos y vengativos; aquellos dos señoritos felones, estampas definitivas de una aristocracia encanallada. Alguien ha señalado, con certero tino, que el *Poema del Cid* es la lucha entre una democracia naciente y una aristocracia declinante. Yo diría, mejor, entre la hombría castellana y el señoritismo leonés de aquellos tiempos.